

José María Guelbenzu

Mentiras aceptadas

 Siruela

Nuevos Tiempos

*Ergo age, care pater, cervici imponere nostrae;
ipse subibo umeris nec me labor iste gravabit;
quo res cumque cadent, unnum et commune periculum,
una salus ambobus erit. Mihi parvus Iulus sit comes*

Virgilio, *Eneida*

Ea, padre querido, monta sobre mi cuello.
Te sostendré en mis hombros. No va a agobiarme
el peso de esta carga. Y pase lo que pase, uno
ha de ser el riesgo, una la salvación para los dos.
Que a mi lado venga el pequeño Julo

(trad. de Javier de Echave-Sustaeta)

*A Javier Pradera,
por su ejemplar dignidad,
por su amistad
y por su última sonrisa*

I

La nevada

En la terraza acristalada del Café de la Plaza, Gabriel Cuneo levantó la mirada de las páginas del diario que estaba leyendo y vio pasar un tropel de niños agitando el aire con sus voces chillonas y alegres. Pensó en el preadolescente Martín, en el colegio con sus compañeros. Pensó en que era lunes y que hasta el sábado por la mañana no lo recogería para pasar otro fin de semana juntos, pero, con todo, su corazón se alegró. Después encendió un cigarrillo y se quedó en actitud distraída al tiempo que exhalaba lentamente el humo, como si le complaciera verlo disiparse en el aire. Cuando se desvaneció, sus ojos se encontraron con el dibujo de una mariposa tallada en el centro de cada una de las grandes lunas de la cristalera que lo protegía del frío y le pareció una mariposa helada. Satisfecho, se inclinó hacia delante en busca de su taza de café negro. En ese momento, un agudo haz de gritos se confundió en sus oídos con un violento chirrido metálico; pero lo que le estremeció fue el sonido duro y seco de un cuerpo alcanzado por un impacto: un sonido grave, funeral y modesto.

No quiso echar a correr en dirección al tumulto que se estaba formando en la calle sino que permaneció pegado a la silla, tratando de conjurar lo presentido. Contempló obstinadamente los objetos desplegados sobre la mesa: la taza de café en primer lugar, el periódico abierto, el azucarero, la cucharilla sobre el mármol, bajo la que asomaba una gota oscura, el servilletero de hojas de celulosa, sus propias manos aferradas a los bordes de la mesa deteniendo el primer impulso de saltar adelante. Sólo después de un

minuto fue capaz de levantar la cabeza y, acto seguido, se puso en pie. La terraza había quedado vacía y en el interior del café sólo algunos clientes se asomaban para mirar más allá de la cristalera. Gabriel atravesó la terraza en dos zancadas sorteando las mesas y salió al exterior. El frío le recibió cortante. Un numeroso grupo de personas se agolpaba unos metros más allá, en la esquina de la calle, empujándose unos a otros en estado de agitación y manifestando en sus ademanes una ostensible fatalidad.

Cuando logró abrirse paso enérgicamente entre los viandantes arremolinados, Gabriel se encontró de pronto ante un grupo de niños que lloraban con el miedo marcado en sus caras, y a los que una mujer, evidentemente descompuesta, trataba de proteger haciendo que se juntaran en un corro de protección con la ayuda de alguna otra mujer del público. Un par de metros más allá, dos hombres estaban inclinados sobre un bulto diminuto, un cuerpo encogido en el suelo ante el morro de un automóvil; dos hombres, uno de los cuales mostraba un gesto desolado e inerme y el otro, apretándose la cabeza con ambas manos, una lacrimosa desesperación. En esa suerte de espacio detenido en el tiempo componían una estampa siniestra. Gabriel advirtió la presencia aparte de dos niños cogidos de la mano mirando rígidamente el bulto en el suelo, como si la incredulidad ante lo inconcebible los hubiera inmovilizado frente a la realidad de aquel despojo que unos momentos antes era uno de los suyos, y los atrajo al grupo en el que los demás lloraban estremecidos. La gente hablaba entre sí. Una joven que debía de ser la profesora del colegio gritó a los mirones que se apartaran para poder alejar a los niños de la escena. A pesar de la violencia que ejercía sobre sí misma para afrontar la situación, temblaba como una hoja. Una ambulancia del Samur se detuvo justo detrás del automóvil y por el lado contrario apareció un coche de la policía municipal precedido por un motorista. Los agentes comenzaron a apartar a los congregados, que retrocedieron por la acera. Gabriel y la mujer siguieron tratando de calmar a los niños, cuya congoja partía el corazón de los curiosos, que, sin embargo, no apartaban sus ojos de ellos.

Los enfermeros del Samur se pusieron en pie y el que parecía ser el jefe miró a uno de los agentes y movió la cabeza

negativamente. «Tienen que avisar al juez», dijo. La profesora o cuidadora de los niños exhaló un gemido y Gabriel la recogió en sus brazos y sintió que su cuerpo se pegaba al suyo como un naufrago a la tabla de salvación, lo que le produjo a la vez una cálida satisfacción y un inconcreto desasosiego. En seguida, uno de los dos hombres que habían permanecido junto al cuerpo (el otro debía de ser el conductor del automóvil) corrió hacia ellos y entre ambos trataron de reanimarla. «Coraje, María, tenemos que llevarnos a los niños hasta el colegio», dijo. Gabriel se ofreció de inmediato. Un agente se acercó, inquisidor: «¿Quién de ustedes es el responsable de los niños?». «Yo», contestó el hombre, «pero tengo que sacarlos de aquí». «Antes debo tomarle unos datos», dijo el agente. En aquel momento otro coche de policía aparcó tras el primero. Los agentes se desplegaron de inmediato para ordenar la circulación. La mujer, de espaldas a los niños para que no vieran su debilidad, lloraba sobre el pecho de Gabriel. «Ánimo, muchacha, tienes que sobreponerte», dijo. Ella se apartó limpiándose las lágrimas que, sin embargo, escapaban entre sus dedos. Gabriel, al desprenderse de ella y quedar solo en medio del escenario, sintió un hueco de horror incontrolable y una corriente helada y seca como el aliento de la muerte.

Los niños pertenecían a un colegio cercano y habían salido esa mañana de paseo hacia un parque donde les mostraban las distintas clases de árboles y plantas y recibían una simple lección práctica que anotaban en sus cuadernos. El mes de enero de 2005 había sido excepcionalmente caluroso y en el colegio de Martín ya habían hecho una salida al Parque del Retiro, pero ahora, en la segunda mitad de febrero, el frío había vuelto a ocupar su lugar en el calendario. De madrugada había nevado, aunque la nieve se quedara en los tejados y sobre los coches y no cuajara en el suelo, que estaba muy resbaladizo, con tramos helados. Gabriel y la muchacha pusieron en fila a los niños, embutidos en sus parkas y bufandas como pollitos asustados, y un agente los acompañó después de tomar nota de los nombres y direcciones de ambos. La chica aún mostraba una temblorosa inseguridad. El otro profesor, hablando a la vez por su teléfono móvil, se quedó a su pesar junto al policía que le interrogaba. «¿Cómo se les ocurre sacar a los

niños después de haber nevado?» «Precisamente. Los llevamos a ver la nieve en el parque.» Todo el suceso le parecía a Gabriel una irrealidad a la que se entregaba sin mediar duda alguna, convencido de que era esa su labor y, al mismo tiempo, preguntándose de tanto en tanto, mientras caminaba por la calle bien atento al paso de los niños, si aquello estaba sucediendo de veras o era la secuencia de alguna de sus películas revivida en medio de un sueño.

Al acercarse al colegio, les salieron al paso varias personas con caras desencajadas que recogieron a los niños a la vez que se dirigían a Gabriel y al agente requiriendo información. Mientras se defendía como podía de la ansiedad con que los asediaban, Gabriel creyó advertir un tono de velado reproche en la manera de dirigirse a la muchacha en busca de explicaciones. La pobre chica, aún bajo los efectos de la conmoción recibida, se retorció las manos y miraba a un lado y a otro como solicitando un apoyo a su desamparo. Entonces Gabriel se acercó de nuevo a ella, la atrajo por los hombros y solicitó a los acosadores que aliviaran la emoción de la muchacha. Luego la apartó del grupo, que se dirigió de inmediato al agente de la policía municipal, y empezó a hablarle suave, sosegadamente. Mientras la calmaba, reparó en que su cabello castaño era semejante al de una de las profesoras de Martín, una joven alegre que siempre tenía palabras cariñosas para su hijo, con la que siempre estaba cambiando bromas cuando le tocaba recogerlo en el colegio, y no pudo evitar un escalofrío. Ella debió de notar el temor y la debilidad que durante unos segundos invadieron a Gabriel porque se separó de él con un gesto de preocupación.

–Me parece que ya estás de vuelta en ti –dijo Gabriel con una sonrisa forzada.

–Gracias a usted –dijo ella. Por un momento se miraron desconcertados, como si comprendieran de repente que no eran sino dos extraños. Unas voces reclamaron con insistencia a la chica. A su llamada, ella se despegó obedientemente de él, apretó con fuerza su mano con las dos suyas y luego se encaminó hacia los otros profesores.

–Adiós, María –exclamó Gabriel, que ya antes había escuchado su nombre.

Ella se volvió a medias, sorprendida, pero siguió andando hacia el grupo. Él permaneció a las puertas del colegio cuando todos entraron. Permaneció allí con las manos en los bolsillos, como si lo hubieran dejado plantado en mitad de la acera, hasta que el frío lo sacudió con un estremecimiento; luego se encogió sobre sí mismo en un acto reflejo de abrigo, pateó el suelo varias veces y por fin, dando la vuelta bruscamente, se encaminó a toda prisa al Café de la Plaza, el cuerpo echado hacia delante, la cabeza metida entre los hombros.

Al penetrar en la terraza acristalada descubrió que su mesa estaba vacía. El camarero que le atendiera se excusó por haber retirado el servicio. El abrigo y el periódico se lo habían recogido y guardado, pero los cigarrillos y el mechero habían desaparecido. Le dolió sobre todo la desaparición del mechero, un Dupont plateado regalo de su mujer en su primer aniversario de boda. Sentado y malhumorado, miraba la taza de café recién servido sin ánimo para beberlo. El cielo se había cerrado y ahora ofrecía un color panza de burro que acentuaba la sensación de frío. Pensó que iba a nevar.

Dejó que el café se enfriara también. De pronto se sentía falto de fuerzas, invadido por un cansancio parecido a la tristeza, desmadejado y sin voluntad. Todo el suceso tenía un aire inequívoco de fatalidad. Miró hacia el interior del local y vio al camarero recostado en la barra y de brazos cruzados; con una mano sostenía la bandeja pegada al cuerpo y le miraba como si él fuera el último cliente y tuviera que cerrar. Momentos después se levantó para pagar y el camarero no quiso cobrarle. Ambos estaban incómodos por el robo, cada uno a su manera, pero deseando perderse de vista. Al salir se fijó en que, en la luna de la puerta, la mariposa tallada estaba empañada por el vaho.

Al día siguiente el cielo se despejó, el frío se hizo mucho más intenso y el boletín meteorológico anunció nuevas nevadas; al parecer, media España estaba cubierta por la nieve. Si la nevada se hubiera adelantado tan sólo cuarenta y ocho horas, justo las que correspondían al fin de semana pasado, podría haber pactado con su ex esposa cambiarlo por el próximo y ambos, Martín y él, habrían ido a ver la nieve. A Isabel nunca le gustó la nieve, como tantas otras cosas por las que ahora, en cambio, sí sentía aprecio. «Ese principio de contradicción, tan femenino», pensó. «También entonces creía que mi interés en llevar al chico a la nieve era por fastidiarla a ella, la protagonista permanente.» Sin embargo, Gabriel debía a Isabel, bien que no por mérito de ella, el mayor de sus éxitos como guionista de series de televisión. Al quedar solo al frente de sí mismo, disciplinado como era, no tardó en organizar su nueva vida y su nueva casa. Aprendió a hacer las labores del hogar, al contrario que la mayoría de los divorciados, porque estaba acostumbrado a una casa donde la pulcritud y el orden eran sagrados y no le apetecía renunciar a ello. Aprendió incluso a planchar, aunque una vez iniciado en el dominio de tal arte, amplió las tareas de la señora que lo asistía y lo dejó en sus manos. Y de todo ese aprendizaje surgió la idea de una serie televisiva titulada *El amo de su casa*, que narraba en clave humorística y satírica las tribulaciones de un parado con tres hijos cuya mujer trabaja fuera de casa y se ve obligado a hacerse cargo de las tareas del hogar. Crítica social y familiar, amable y

algo punzante, que se ganó el favor de la audiencia. Él era autor de la idea y el coguionista de la serie, y el éxito lo había llevado a lo más alto de su carrera como creador de contenidos. Ahora se aprestaba a iniciar la segunda temporada sin muchas ganas; en parte porque sentía que la serie había perdido la frescura inicial y en parte porque, a causa de ello y de que su misma actitud lo debía dejar traslucir, le habían colocado como refuerzo y control a un par de colaboradores nuevos tan industriosos como faltos de imaginación.

Isabel había dado a Martín un hermanito con su actual marido, un, al parecer, renombrado sociólogo diez años mayor que ella que había logrado escalar suficientes peldaños de poder como para convertirse en persona de relevancia social y que, para afianzar su nueva vida de casado, había dejado colocados a los dos hijos de su anterior matrimonio con la madre. El hermanito, en opinión un tanto radical de Gabriel, como él mismo reconocía, debía de ser sólo hijo del sociólogo porque no apuntaba ninguno de los rasgos más tentadoramente atractivos de Isabel; de hecho, le parecía un sociólogo gordito con chupete. Gabriel, que consideraba la sociología como «la ciencia de lo obvio», no lograba comprender que se hubiera interesado por aquel tipo hasta el punto de dejarse embarazar; lo cual, además de hacerle sentir durante un tiempo su sustitución en el lecho matrimonial como un agravio, aún le reconcomía por desproporcionado. Lo que habían construido en la cama se lo quedaba el otro sin pagar peaje. Ambos habían hecho el esfuerzo de fundar juntos la empresa amorosa y desarrollarla y perfeccionarla y ahora el beneficio se lo quedaba un intruso. ¿Qué intimidades no estaría compartiendo con él gratuitamente, intimidades criadas en el seno de su propia relación? Aquellos lazos rotos se le aparecían ahora como un campo de desolación, una pérdida desnuda, un injusto despojo. Y para mayor escarnio, la sola idea de que aquel petulante estuviera interviniendo en la educación de su hijo le resultaba tan hiriente como el hecho de que ahora ella se deslizase por las pistas de Baqueira Beret cada invierno con toda felicidad. Mas, pese a todo, no le deseaba ningún mal; tan sólo sufría la situación como un *desaire* del destino, pues ni siquiera sentía

la necesidad de atribuirle a ella otras malas intenciones que las propias de una esposa confundida. «O liberada», le susurró un pequeño demonio en su interior.

Por la ventana, el día cristalizaba en frío a los ojos del observador. El cielo presentaba ese color gris deslucido y ligeramente rosáceo que anuncia una copiosa nevada. Gabriel estaba sentado frente a su ordenador portátil tratando inútilmente de enhebrar unos cuantos argumentos en favor de la superioridad de los canales temáticos en televisión en un futuro cercano, con destino a un semanario de actualidad. Después del almuerzo debía ir a visitar a su padre a la residencia donde lo tenía internado. De hecho sopesaba, aunque aún no quería admitirlo, la idea de retrasarlo a la mañana siguiente. La visita lógica era siempre por la mañana, pero llevaba dos días de retraso porque no quiso aprovechar, por pura comodidad, la mañana del domingo, vencido por la pereza y la resaca. No hacía más de un año que su madre había muerto. Hasta entonces ella se había ocupado, con esa especie de diligencia ciega y a la vez resignada de las madres de antaño, del incipiente deterioro mental del padre; una carga pesada y desesperanzada que él se sentía incapaz de afrontar. De sus dos hermanos, el mayor, bien instalado en la vida, alegaba razones familiares (tres hijos, una esposa, un perro) para sacudirse el problema, y el menor residía con su pareja en Galicia. Su madre siempre aspiró, inútilmente, a que Gabriel regresara a la casa paterna pues, al estar separado, dónde iba a sentirse más acogido y cuidado, y a él le entraron escalofríos sólo de pensarlo; al principio, expuso toda clase de argumentos en contra que chocaron con la tenacidad de la madre; después decidió ser más práctico y empezó a visitarlos con alguna asiduidad para compensar los deseos frustrados; finalmente, ella, acostumbrada a la renuncia, cedió una vez más. Su muerte repentina sumió a Gabriel en una pesadilla: el deterioro del padre se aceleró, contrató a una enfermera para las noches y envió a su propia asistente durante el día hasta que comprendió que la única solución era internarlo en una residencia geriátrica. Todo ello mermó seriamente sus ingresos porque, además, debía pasar una cantidad al mes por su hijo. Los hermanos se limitaron a prometer, sin mucho entusiasmo, una

discreta aportación de dinero para justificar su inhibición. Afortunadamente para él, el sociólogo ofreció a Isabel un piso mucho mejor que el de ambos, lo que le permitió recuperar el domicilio conyugal. Entonces vendió el piso paterno y colocó el dinero en una cuenta para hacer frente a los gastos de la residencia; poco a poco la situación se fue enderezando, aún con algún contratiempo, porque los hermanos querían repartirse el dinero producto de la venta; pero esta vez se mantuvo firme y los achantó. De vez en cuando, en sus sueños, se le aparecía la imagen de su padre diciendo: «Y mañana, hala, al asilo». Lo repetía desde antes de que se manifestara el mal de Alzheimer y le producía una mala conciencia permanente. Pero ¿qué podía hacer? Sólo le consolaba el saber que buena parte de los familiares dedicados a cuidar a un enfermo de alzhéimer acababa necesitando tratamiento psiquiátrico. Él, solo, no podía hacer nada más de lo que hacía.

A menudo el padre no le reconocía cuando lo visitaba. Sin embargo su mayor castigo era acompañarlo al comedor. Allí, en una serie de mesas desamparadas, eran sentados ancianos de ambos sexos, torpes o inmóviles, ante sendos platos de comida convencional, sopas de viejo o trozos de carne guisada con angustiosos guisantes alrededor. Al lado de cada plato podían verse pastillas de diversos colores. Las enfermeras alimentaban a los incapaces y los demás se llevaban la comida a la boca como podían. La sala emanaba un denso olor a rancio y a ropa arrugada sobre los frágiles cuerpos. De vez en cuando un gemido que más parecía un aullido descarnado rompía el silencio ominoso que acompañaba al almuerzo, pero nadie parecía escucharlo. Tan sólo se escuchaban aisladas las voces de las enfermeras, con soniquete, diciendo: «Ahora va a ser bueno y se va a tomar otra cucharadita». Su padre no parecía enterarse de nada, pero Gabriel estaba seguro de que aquel deprimente espectáculo lo percibía de alguna manera, quizás a través de su propio deterioro, del mismo modo que él percibía la humillación infinita, el envilecimiento de los enfermos en aquella sala donde se alimentaba a muertos vivientes. Y, sin embargo, estaba extrañamente agradecido a las cuidadoras porque lo que le parecía realmente espantoso era la convivencia con la gélida indiferencia de la muerte.

No quería ir a visitarlo y no tenía valor para dejar de hacerlo. Aquel hombre que lo había sido todo para él en su infancia, así como la autoridad en el período adolescente, al que se enfrentó en busca de su independencia, insolente a menudo, al que regresó a instancia de la madre para ayudar a temperar el desgajamiento familiar de su hermano pequeño, al que finalmente soportó con un afecto impostado, al que vio deprimirse y empezar a deteriorarse en cuerpo y mente... ahora era un pingajo, arrinconado en una desangelada habitación por él mismo y por la vida injusta; un pingajo que no merecía ese final como no lo merecería ningún ser humano consciente de su dignidad. Porque su padre siempre había mantenido una dignidad personal que sobresalía de sus numerosos defectos, lo cual él, Gabriel, lo reconocía cuando era demasiado tarde para enjugar su mala conciencia, de modo que el acompañamiento al comedor lo sufría a modo de indeseado acto de penitencia.

La emoción le empañaba la vista y alejó esos pensamientos. La emoción le embargaba cuando recordaba sus visitas, no cuando estaba allí, cuando lo acariciaba queriendo creer que percibía su cariño y su pena. Como creía estar a punto de llorar, apretó las mandíbulas y se dedicó a cerrar con extrema atención el ordenador. Pensó en Martín. El parte meteorológico anunciaba nuevas nevadas. Con un poco de suerte, el fin de semana podrían cargar los esquís en el coche y escapar a Navacerrada; aunque seguramente las pistas estarían atestadas, era su única oportunidad.

Estaba solo. A su edad ya no quedaban amigos con los que salir de parranda o, simplemente, a cenar y tomar una copa. Los viejos tiempos de juventud alegre y loca quedaban atrás y, muy a su pesar, se veía obligado a reconocerlo. La vida estable y serena del hogar propicia la desgana. Cuarenta y nueve años eran muchos años. Desde el nacimiento de Martín habían mudado sus hábitos, Isabel y él, porque salir de noche era un problema con el niño. Después de la separación –Martín tenía entonces siete años, ahora doce– los intentos de recuperar la libertad y la noche resultaron decepcionantes y, además, descubrió que lo cansaban tanto que se le antojaron un espejo de decrepitud. Así que poco a poco se fue despegando, no sin alguna conciencia de

lo irremediable, de los bares amados donde se dejó la juventud. Últimamente, cuando se quedaba en casa, solía escuchar una canción de Domenico Modugno que encontró entre los numerosos discos de los tiempos de la época universitaria de su amigo Antón Patriarca, un microsurco de 45 r. p. m., una canción nostálgica que hablaba de un decadente y solitario dandy caminando bajo las luces de la ciudad.

Ha il cilindro per cappello/ due diamanti per gemelli/ un bastone di cristallo/ la gardenia nell'occhiello/ e sul candido gilet/ un papillon/ un papillon/ di seta blu...

Gabriel es fantasioso, le agrada imaginar, acostumbrado a la lectura en seguida recrea un escenario y así es como suele seguir la canción hasta el final; hasta que al final se le hace un nudo en la garganta, un nudo que le reconforta y le ayuda a compadecerse de sí mismo en las horas bajas de las madrugadas perdidas.

Adieu, adieu, adieu, adieu/ addio al mondo/ ai ricordi del passato/ ad un sogno mai sognato/ ad un attimo d'amore/ che mai più ritornerà.